

JESUCRISTO, EL REY DEL UNIVERSO A/2008

Todas las lecturas en esta festividad de Cristo Rey están centradas en la cualidad de liderazgo y nos invitan a dar la bienvenida a Jesús como el rey de nuestras vidas.

La primera lectura del libro de Ezequiel es un oráculo contra los líderes malos. En esta profecía, Dios compara Israel a un rebaño de ovejas, descuidado, alimentado y dispersado por pastores malos. Como los pastores han fallado en su deber, Dios mismo viene a fin de rescatar a las ovejas. Él asumirá las responsabilidades de los pastores y será el buen pastor. Dios velará por sus ovejas, rescatará a las que están dispersas, las traerá y las hará descansar y pastar en buenos prados. El mismo buscará a la oveja perdida y la hará volver. De la misma manera, él cuidará a la herida y sanará a la enferma.

Esta profecía de Ezequiel prefigura a Cristo, el pastor bueno quien da su vida por nosotros. Cristo tomó la carne y se hizo hombre para hacerse uno de nosotros de modo que nosotros también pudiéramos compartir su divinidad. Él vivió toda su vida en solidaridad con nosotros hasta su muerte en la cruz. Ya que Cristo murió y resucitó por nosotros, compartimos también su resurrección. Como hemos estado en la solidaridad con Adán, el primer hombre, por quien la muerte entró en el mundo, entonces estamos en la solidaridad con Cristo resucitado por quien Dios nos da vida. Esto es el testimonio que San Pablo da en la segunda lectura.

San Pablo nos dice que Jesús reina como el rey hasta que él venga otra vez al fin del tiempo. Su reino fue inaugurado en su resurrección. Él debe reinar hasta que su último enemigo, la muerte, sea destruido. Entonces, él dará al Padre todo así será Dios todo en todos. A partir de este momento, la soberanía de Dios y Cristo será absoluta; ellos no tendrán ningún enemigo, ningún rival, ningún combate. Todo será realizado cuando Cristo reine para siempre a la mano derecha del Padre en el cielo.

Este testimonio de San Pablo nos ayuda a entender mejor lo que significa el reino de Jesús. Cristo es nuestro líder verdadero y nuestro Rey. Pero, su reino no es de este mundo o como aquellos de este mundo. Su Reino es un reino de servicio humilde y amor. Por consiguiente, aquellos que le pertenecen deberían hacerse en medio del mundo sus manos y sus ojos, su boca y sus oídos. Ellos siempre deberían actuar hacia sus hermanos y hermanas, animados y guiados por la ley de amor de acuerdo al ejemplo de él mismo Cristo. Es por lo que la construcción del reino de Jesús en este mundo está hecha a través de nuestros servicios a nuestros semejantes y a través de nuestras obras de amor hacia ellos.

Este punto es absolutamente crucial; esto constituye el criterio para nuestro último juicio al final de tiempo, como el Evangelio de hoy nos dice. La parábola de hoy nos recuerda que no podemos solamente ocuparnos por nuestra propia espiritualidad, nuestra devoción individual, nuestra santidad personal y nuestra salvación. Nosotros debemos preocuparnos también por las necesidades de nuestros semejantes. Por supuesto, nosotros debemos hacer todos los ejercicios

espirituales y realizar nuestra devoción, pero siempre con la idea en mente que éstos no deberían separarse de las obras de caridad hacia a nuestros hermanos.

Por eso seremos juzgados, no solamente según nuestra espiritualidad personal, sino también de acuerdo con nuestra reacción a las necesidades humanas. El juicio de Dios no dependerá del conocimiento que tendríamos sobre él o las enseñanzas de la Iglesia, pero en como hemos sido sensibles al necesitado y en cuanta ayuda hemos dado.

Aprendemos también de la parábola que lo que es requerido de nosotros no es grandes cosas, pero pequeños gestos de amistad y solidaridad, como dar de comer al hambriento, o un vaso de agua al sediento, dar la bienvenida al extranjero, visitar al enfermo o al preso, etc. Éstos son simples cosas que podemos hacer; estas tienen un precio eterno.

Sin embargo, nuestra ayuda debería ser desinteresada y que salga de un corazón amoroso. La ayuda que damos sin interés es la que gana el corazón de Dios. Aquellos que ayudaron a las personas en la necesidad no pensaron en que ellos ayudaban a Cristo, y aún ellos acumulaban su recompensa eterna. Aquellos que negaron la ayuda a sus semejantes no pensaron que estaban cerrando sus corazones al mismo Jesús. Al final, ellos estaban llenos de remordimiento y pena; y se dijeron asimismo si hubiéramos que eras tú.

Todo esto nos enseña que Jesús está escondido en nuestros semejantes. Jesús nos confronta con la verdad de su presencia escondida. En cualquier momento que damos la ayuda al necesitado, lo damos a Jesús. En cualquier momento que negamos nuestra ayuda al necesitado, está contra Cristo.

En otras palabras, como cristianos, somos las manos de Dios, sus ojos, sus oídos, su boca y su corazón. Dios tiende la mano a sus hijos a través de nosotros. Es nuestro deber servir a nuestros semejantes como Cristo nos sirvió hasta la muerte. Como el reino de Cristo es el de amor y servicio, debemos servir a nuestros semejantes. Porque Cristo es nuestro rey, sometámonos a él para que él reine en nuestras mentes, en nuestros corazones y en nuestros cuerpos, y nos transforme en su imagen. ¡Que Dios los bendiga a todos y tengan una bendita celebración!

Ezequiel 34, 11-12, 15-17; 1 Corintos 15, 20-26, 28; Mateo 25, 31-46



Fecha de Homilía: el 23 de noviembre de 2008

© 2008 – Padre Felicien Ilunga Mbala

Póngase en contacto: www.mbala.org

El Nombre de Documento: 20081123homilia.pdf